

DISCURSO PRONUNCIADO
POR EL Sr. DECANO
DE LA FACULTAD DE MEDICINA,
Dr. JUAN J. CROTTOGINI

Señor Presidente del Consejo Nacional de Gobierno, Don Carlos Fischer; Señor Presidente de la Suprema Corte de Justicia, Dr. Rivera Astigarraga; Señor Ministro de Salud Pública, Dr. Washington Isola; Señor Ministro de Instrucción Pública, Prof. Clemente Ruggia; Señor Presidente del Congreso de Cirugía, Prof. Víctor Armand Ugón; Señores Profesores; Señores Congresales extranjeros y nacionales; Señoras y señores:

Agradezco la oportunidad que tienen las autoridades de la Facultad de Medicina al estar presentes hoy, por mi intermedio, con motivo de esta sesión inaugural del 9º Congreso Uruguayo de Cirugía. Me permitirá hacer algunas reflexiones, en lo relativo, primero, al Congreso en sí, y segundo, en sus relaciones con la Facultad de Medicina.

Como Congreso en sí, seguirá llenando una misión y representando, en cierto modo, un índice del estado cultural ambiental, amén del estímulo a la producción científica que siempre traen consigo estos Congresos.

En él se verá una labor de orden científico, en primer término, y de orden espiritual en lo afectivo, en lo sentimental y en lo social, en segundo término.

En cuanto a lo científico estricto, versará sobre rubros asistenciales. En lo relativo a técnicas de cirugía general o de cirugía especializada, no solamente a las técnicas y sus progresos, sino a la mayor eficiencia que deriva cuando éstas son aplicadas con verdadera organización práctica, progresista, en el sentido de bloques quirúrgicos y organismos específicos.

En el sentido de la docencia, este Congreso tendrá, como otros, la significación de una pauta, de una especie de remodelación, de un pequeño alto en el camino, no para descansar, sino para refundir, para solidificar, para densificar conocimientos. Es una especie de balance, es una especie de rendición de cuentas que los cirujanos del Uruguay hacen en cada uno de sus Congresos de Cirugía.

En el aspecto docente mismo —y esto es fundamental desde el punto de vista de la Facultad de Medicina— en un ambiente como el nuestro, unicéntrico, con un solo foco oficial de irradiación de cultura o de conocimiento, los esfuerzos de las sociedades científicas no oficiales pero bien estructuradas, perfectamente prestigiadas y conceptuosas, como esta Sociedad de Cirugía, son un coadyuvante invaluable a la tarea docente que nuestra Facultad por sí misma es incapaz de cumplir en todos sus aspectos, pero que a través de sus egresados —que son sus hijos y que lo seguirán siendo siempre— extenderá todas estas normas docentes con un afán de progreso y de eficiencia permanente.

En lo que se refiere a la investigación, este aspecto de la investigación científica está en la base de muchos de los trabajos presentados en este Congreso y en otros similares. Es una esfera —como bien se sabe— todavía no suficientemente desarrollada en nuestro medio, pero precisamente otro de los aspectos benéficos de los Congresos es el estímulo de la investigación científica, y en dejar marcada una vez más la necesidad imperiosa de que el desarrollo de esta investigación progrese cada día más.

Pero no solamente en lo asistencial, en lo docente, en la investigación, sino incluso en el orden preventivo y profiláctico, estos Congresos cumplen su rol.

Si eso es en la esfera intelectual, ¿qué diremos de la esfera sentimental? Si bien es verdad que los hombres muchas veces a la distancia pueden fermentarse o fecundarse, como en la clásica comparación de las palmeras alejadas, mucho mejor es que se fecunden de cerca, que se fecunden de al lado, porque entonces además de lo científico está lo espiritual, está todo lo hermoso de lo anímico, todo aquello que reúne a todos los cirujanos aquí presentes, en este momento y en este Congreso, como en un haz de una verdadera y grande familia.

Todavía debemos agregar que este rol de los Congresos puede aplicarse a cualquiera de ellos, y no solamente a un Congreso de Cirugía o a este Congreso de Cirugía.

La Facultad de Medicina, ¿cómo ve y qué relaciones tiene con este Congreso?

Ya hemos dicho que el rol de las sociedades científicas es inapreciable para el progreso de nuestra ciencia médica. El patrocinio espiritual de la Facultad, la hermandad espiritual, la ayuda económica dentro de ciertos límites, en ocasiones más o menos aceptable, la creación de rubros presupuestales en nuestra Universidad destinados a Congresos, a publicaciones médicas, a ayuda dentro de lo que puede lograrse; la participación a través de los docentes de la Facultad en estos Congresos, de los docentes titulares y de toda la otra pléyade de docentes y de todo el gran grupo del personal docente que está haciendo su carrera de aprendiz de cirujano o de cirujano en formación.

Todavía hay que agregar el contacto con los no docentes, con los cirujanos que actúan en instituciones no oficiales u oficiales, pero no docentes, con los cirujanos que actúan en el interior del país, que traen mucho para enseñar y que también reciben.

Esto es fundamental, desde nuestro punto de vista, porque un profesor de la Facultad de Medicina es indisoluble: es profesor en su cátedra, es profesor en un Congreso, es profesor en el ejercicio privado de la cirugía, es profesor en el ejercicio mutual o colectivo de la cirugía. Esto es muy importante retenerlo, porque como muy bien lo ha dicho el señor Ministro, si es verdadero en lo actual, lo será mucho más en la asistencia del futuro, pues la tendencia a la colectivización de los que imparten enseñanza, sabiduría y eficiencia y la colectivización de los que la reciben, implica un rol importante al cirujano y al docente de cirugía, que no habrá perdido su sitio, habrá sido cambiado, pero su rol de piloto, de responsable dentro de ciertos límites, su autoridad rectora en lo técnico, en lo científico, en lo moral, deberá tener siempre su sitio.

No hay que temer tanto a la futura organización asistencial; esta es una evolución —alguna vez hemos dicho que una revolución— en materia de asistencia médica y de asistencia quirúrgica. Todo depende de la capacidad de adaptación, de la comprensión del factor humano de los demás y del propio; de los demás,

para ayudar; del propio, para defenderse, para defender la dignidad, para defender todo eso de fondo noble y grande que tiene la carrera del médico, y desde luego —y en primerísimo plan— la carrera del cirujano.

Esas condiciones y exigencias para el cirujano integral, son las que dan especificidad a un Congreso que, si se considerara desde un punto de vista ideal, perfecto, estaría integrado, en todos sus miembros, por aquellos que reunieran, una por una, y apretadas en un sólido haz, todas esas condiciones.

Ellas serán principalmente, las de una sólida preparación científica básica, anatómica, fisiológica, fisiopatológica, con el agregado de que cada uno de los cirujanos ya formados debe, además de cultivar su propia cirugía, cultivar alguna de estas ramas o más de una de ellas, si es posible, no como un simple amateur, sino como un complemento del profesional cirujano que es. Deberá tener un criterio evolutivo permanente, que también ya lo ha vivido nuestra cirugía, que pasó de la época individualista a una época marcada primero, por la tendencia de equipo, de organización, pero siempre —lo repetimos— con un piloto, con un responsable; y, segundo, la tendencia a la cirugía especializada, a la que siempre estos Congresos de Cirugía han sabido dar su real sitio, recibiendo, además —y lo decimos porque es verdad y es justo— una leal y permanente colaboración.

Deberá tener un afán de progreso, de rudo batallar, con una cirugía funcional y experimental; de éstas poco hay, pero hasta hace muy poco tiempo nada o casi nada existía entre nosotros.

La docencia quirúrgica, ejercida por nuestros maestros, con el recuerdo que de ella se ha dicho; la enseñanza de la cirugía debe ser considerada no como un fruto, sino como una semilla. Y agregamos nosotros: tal vez mejor ambas cosas: fruto y semilla, la que volverá a ser fruto a su vez.

Esta enseñanza deberá estar basada en una larga actividad de esfuerzos tenaces, de pesadas tareas, reunidas en condiciones personales en lo anímico, desde la vocación más o menos congénita, o aun creada o modelada —diríamos nosotros— por el ejercicio, modificada, perfeccionada, endurecida esta verdadera o pseudovocación, como labrado en una fragua cotidiana. Deberá basarse en una habilidad manual, como etimológicamente signi-

fica por definición el cirujano, el obrero de las manos, que al fin y al cabo en su instrumental tiene una simple prolongación de aquéllas.

Esta capacidad de adaptación a las corrientes económico-sociales fatalmente traducidas en evolución asistencial, deberá ser contemplada también en el ejercicio de la docencia quirúrgica.

Es verdad que no es agradable que un enfermo no recuerde el nombre de aquel que tuvo su vida en sus manos, pero también es verdad que muchas veces el cirujano no tiene bastante bien presente las características de la vida que en sus manos está.

Este maestro de cirugía formando a los jóvenes, deberá ser también maestro —en estos tiempos cada vez más necesario— en deontología. Un cirujano de México, Conrado Sukerman, ha dicho: “La profesión de cirujano es aquella en que existe el mayor número de tentaciones para descender en la escala moral. La oportunidad fácil, y hasta el ofrecimiento tentador, el deseo de riquezas, de placeres, y la falta de una recia personalidad, facilitarán el descenso moral.”

El cirujano tiene que ser un dominador de sí mismo, de sus pasiones, de sus sufrimientos, de sus goces y de sus dudas. Dominarse a sí mismo, aparecer seguro e inspirar confianza, tal debe ser el aspecto de su personalidad, sin olvidar que, en lo que se refiere a sus diagnósticos, debe ser él mismo más juez que defensor, y que es mejor corregirse a sí mismo que ser corregido.

Esta deontología en materia quirúrgica abarca no sólo lo limitado por la ortodoxia moral y los preceptos legales, sino también la formación total del cirujano y el hombre, en relación con su conducta para con el enfermo, con la sociedad, con sus compañeros de tareas, con el plano de dignidad relativo a colegas de cualesquiera jerarquía, inferior, igual o superior, y, en definitiva, en relación consigo mismo, con su propia conciencia.

Y bien, estos, nuestros maestros de la cirugía, son también en nuestro medio, y lo han sido tradicionalmente, y tengo orgullo en decirlo, maestros de la deontología. Basta recordar a los fundadores de la cirugía nacional y observar sus actuales continuadores. Una cátedra de deontología es deseable en cualquier Facultad, y aún la enseñanza en las cátedras correspondientes; pero

el profesor, el maestro, tendrá en su conducta científica, moral y social, en el predicar con el ejemplo, sus armas fundamentales también en este aspecto.

El cirujano de carrera, el único verdadero cirujano, el profesor y maestro, donde quiera que esté, en guardias hospitalarias, en servicios no docentes, en instituciones mutuales, en el ejercicio privado de la cirugía, debe ser y es siempre el mismo. En los corredores del hospital o en su escritorio, cuando se desviste de su túnica de labor, también desnuda su alma, con sus conceptos, sus palabras y sus gestos, en tono casi familiar, cordial, sencillo y práctico. Cuando este desnudar del alma lo hace frente a los aprendices de cirujano, o cirujanos en formación, está haciendo el complemento indispensable para la formación moral de éstos.

Los astros, de cerca, también son hombres, se ha dicho. Y bueno es, decimos nosotros, que el hombre que en el astro hay, el maestro de cirugía, visto de cerca, salga agigantado con la más rerez y ejemplarizante de sus enseñanzas.

Esta formación de la personalidad del cirujano podría concretarse en cumplir acabadamente en la práctica con los lemas de los Mayo: "Si haces bien una cosa, aunque vivas en medio de un bosque, el mundo hará un camino hasta tu puerta", y el otro: "Amar la verdad y buscar el saber".

Predicar también, con la humildad. Conocido es el caso del insigne maestro de la Neurocirugía, el Dr. Cushing, que habiendo hecho su primera intervención en un tumor de cerebro alrededor de 1900, treinta años después, en ocasión de operar su caso número 2.000, escribía diciendo, que ojalá al recordar nosotros, que podrían haber sido groseras las técnicas quirúrgicas de antes, los que nos sucedan no encuentren tan groseras nuestras técnicas quirúrgicas actuales.

Este criterio evolutivo, de marcha, de perfeccionamiento, que el futuro depende del hoy, que el hoy depende del ayer, que todo es una constante renovación, eso y los fracasos, y los dolores, y el poco saber a pesar del mucho estudiar, dan, en los hechos, una lección de humildad que el maestro debe transmitirla por haberlo vivido, por haberlo sufrido, por haberlo sentido en carne propia, a sus alumnos en formación.

En esta formación de la personalidad del cirujano, el espíritu del joven no podrá ni deberá ser sustituido por el de su maes-

. pero sí, en cierto modo, podrá ser transfundido. No será completa la misma si no aprende a templar su alma, a conocer el dolor del cirujano; ese dolor del cirujano lleva el de sus enfermos, lucha entre la paradoja de la sinceridad y la piadosa mentira, lleva el dolor de los fracasos, dolor por los demás, por la profesión, por sí mismo; lleva el dolor, todavía, como cualquier mortal, de sus hijos, de sus padres, de los suyos; lleva o llevará su propio dolor, su personal dolor, tantas veces soportado con ejemplo grandeza. Es verdad que tendrá horas de triunfo y horas de alegría, pero éstas no se miden con la misma vara que los fracasos. Es moneda diferente la que se paga en amargura y desolación, y mucho más profunda la huella, por imborrable, que dejan estas amarguras y fracasos.

Por eso, quien no logre templar su alma, que no practique la cirugía. Pero sí en la renovación del acto quirúrgico, como obrero del espíritu, por su inteligencia y sensibilidad, por su calma y paciencia, por su decisión y fuerza moral, al mismo tiempo que obrero de las manos, como ya hemos dicho, en el ejercicio técnico estricto, con sentido estético en la precisión de los gestos, orden en el movimiento y ritmo en la acción continuada, todo ello fundido en humana comprensión, podrá, como dijo Jean Louis Faure, cuando la hora de la muerte se acerca, reconfortarse a sí mismo. Le basta oír la voz de su conciencia misma a su alma en paz, que ha hecho más bien que mal; es decir, agregamos nosotros, sencillamente, simplemente, pero grandemente, que ha cumplido con su deber.

Y entonces habría merecido lo que el académico Paul Bourget decía: Es necesario amar a este maestro; es necesario también amar este arte mezclado de ciencia, cuya varonil y generosa disciplina forja y mantiene tales hombres.

Señores: después de habernos referido a lo que este Congreso significa, a su enfoque desde el ángulo de las relaciones con la Facultad de Medicina, a la cual tengo el honor de representar, y a algunos aspectos de la grandeza de la cirugía y sus cultores, sólo me resta formular fervientes votos por el más brillante de los éxitos de este 9º Congreso Uruguayo de Cirugía.

(Aplausos.)

DISCURSO PRONUNCIADO
POR EL Sr. DELEGADO
DE LOS CIRUJANOS DEL INTERIOR,
Dr. RICARDO BRACERAS

Señor Presidente del Consejo Nacional de Gobierno; Señor Presidente de la Suprema Corte de Justicia; Señor Decano de la Facultad de Medicina; Señor Ministro de Salud Pública; Señor Ministro de Instrucción Pública; Señor Presidente del 9º Congreso Uruguayo de Cirugía; Ilustres visitantes; Profesores; Colegas; Señoras y señores:

Con honda emoción y sinceros respetos vengo a ocupar esta tribuna de alta jerarquía científica. Son mis credenciales el mandato de mis colegas del interior, que en la Asamblea del 8º Congreso me designaron su delegado con amplia generosidad, que en este momento agradezco.

También debo incluir en mis credenciales mi actuación médicoquirúrgica durante treinta y nueve años, ocupando el cargo de Jefe del Servicio de Hombres en el Hospital de Mercedes.

Desde luego que no voy a tratar de mí en particular, pero al hablar de credenciales debo referirme a la responsabilidad que impone el ejercicio leal y eficiente de nuestra profesión al servicio del enfermo, puesta siempre la mirada en la dignificación de su proyección social, y los cirujanos del interior, que nos hemos formado lejos de las esferas de la Facultad, debemos mostrar nuestra única credencial, que es el trabajo realizado.

Se ha dicho, con error, en otros Congresos, que la cirugía del interior se prestigió cuando nacieron las sociedades médicoquirúrgicas.

Sería injusto olvidar que antes que nosotros, actuaron en casi todas las ciudades de nuestro país eminentes colegas que

practicaron la cirugía con competencia, con éxito y con brillo. No voy a citar nombres, pero como actor en el período intermedio, les rindo en este momento el homenaje de admiración y agradecimiento que se merecen.

Se egresaba antes de la Facultad con el mejor bagaje de conocimientos, si se quiere, que cada uno podía asimilar, y con la práctica de un internado en Salud Pública, de provechosa cosecha. Y los que dirigían sus pasos hacia el interior —la campaña, se decía antes— cortado el cordón umbilical con la fuente de enseñanza, la Facultad, debían nutrirse en sus ansias de saber y progresar, merced al esfuerzo personal y a un afán permanente de autopreparación.

Viene luego el período en que la Facultad empieza a preocuparse de los egresados, a quienes les dio el título, los armó caballeros de una noble profesión, y los dejó librados a su buena o mala suerte, a su buena o mala conducta.

En este momento, sí, viene la acción reivindicadora de los propios médicos del interior, que empiezan a llamar la atención de la Facultad por las distintas manifestaciones de sus inquietudes científicas.

Vale decir, pues, que los médicos y cirujanos del interior, se abrieron el camino hacia la capital para que los conocieran y reconocieran sus inquietudes y sus capacidades.

Del antiguo concepto despectivo de “practicones” se ha llegado al estado actual, de recíproca consideración.

Las cinco sociedades científicas médicoquirúrgicas del interior, con sus Congresos Regionales, las visitas de las Clínicas de la Facultad a las ciudades del interior, los cursos de postgraduados, iniciados hace varios años por un profesor de clínica quirúrgica, a los que concurren asiduamente gran número de cirujanos de todo el país, y ahora los muchos cursos de postgraduados —en distintas especialidades— nos tienen en permanente contacto a todos los médicos del país, creándose este ambiente de recíproco conocimiento, de valoración de capacidades, de emulación y de superación profesional.

No quiero dejar de mencionar —porque es justicia— los cursos que se llamaron Jornadas Clínico-Radiológicas, del malogrado Prof. Dr. Pedro Barcia, iniciadas por él hace muchos años, y que

tuvieron el prestigio de su Director y sus colaboradores, y la singular eficacia de señalarse como una de las primeras manifestaciones de esa corriente de extensión universitaria que hoy vivimos.

Y ahora, me complace destacar la acción benéfica para todos, de estos Congresos Uruguayos de Cirugía.

Hoy celebramos con orgullo la inauguración de este 9º Congreso, exponente luminoso de la capacidad, de la competencia, de la eficiencia, del "élan" de la cirugía nacional, y todos, maestros y aprendices, debemos sentir la satisfacción de exhibir ante propios y extraños el resultado del estudio, del trabajo honesto, de la labor callada y silenciosa de las clínicas y de los quirófanos.

Que el éxito que auguramos a este 9º Congreso sea el premio merecido a tanta labor, a tanto desvelo y a tan patriótico servicio.

Que el resultado sea el mejoramiento de la preparación técnica de todos los médicos del país.

Que los Institutos nacionales, Facultad de Medicina y Salud Pública, en acción paralela, o, mejor dicho convergente hacia un mismo fin —la mejor capacitación del médico y la mejor asistencia del enfermo— se afanen en dotar a todos los centros médicoasistenciales del país, de todos los elementos necesarios para la correcta y moderna aplicación de los conocimientos médicoquirúrgicos.

La Facultad de Medicina, que prestigia estos certámenes del estudio y del trabajo, no debe olvidar tampoco la formación moral y la tutela de la conducta de sus egresados. Es una vieja aspiración la creación de la cátedra de Deontología Médica. En ese sentido, voy a formular una proposición: que como último acto de los estudios, al entregarse a cada egresado el título de Médico-Cirujano, el Señor Decano de la Facultad lo obsequie, para que lo tenga junto al juramento hipocrático, orientándolo e iluminándolo en todos los momentos de su vida profesional, el bello libro del distinguido clínico compatriota Dr. Héctor Homero Muñoz, "Medicina, una noble profesión".

Nada más.

(Aplausos.)

DISCURSO INAUGURAL DEL Sr. PRESIDENTE
DEL 9° CONGRESO URUGUAYO DE CIRUGIA,
Dr. VICTOR ARMAND UGON

Señor Presidente del Consejo Nacional de Gobierno, Don Carlos Fischer; Señor Presidente de la Suprema Corte de Justicia, Dr. Rivera Astigarraga; Señor Ministro de Salud Pública, Dr. Washington Isola; Señor Ministro de Instrucción Pública y Previsión Social, Prof. Clemente Ruggia; Señor Decano de la Facultad de Medicina; Señores Delegados extranjeros y nacionales; Señoras y señores:

Señor Consejero Nacional: un efímero pasaje integrando el Consejo Nacional de Gobierno me ha enseñado a admirar vuestra permanente preocupación y vuestra sacrificada tarea de orientar toda la actividad de la nación, cumpliendo con altruismo y austeridad una serena y elevada responsabilidad de gobernante.

Agradezco a las autoridades nacionales por la comprensiva colaboración que ha permitido la realización de este Congreso, como así también a las autoridades universitarias generosamente identificadas con las directivas de extensión cultural que animan a nuestra organización científica.

Nuestro cordial saludo al Señor Presidente de la Suprema Corte de Justicia, y le agradezco el alto honor que nos hace asistiendo a la inauguración de esta docta Asamblea, aportando el prestigio purísimo de quien ha sabido encauzar su vida en noble magistratura, haciendo tan venerable la justicia uruguaya, por su inflexible probidad en clima de elevación intelectual y moral insuperables.

Nuestra calurosa salutación a los colegas extranjeros que han tranqueado las fronteras de su país para llegar a nuestras playas traernos sus invaluable enseñanzas, y si cada uno de nosotros

tiene su patria, estamos fraternalmente unidos por una ciencia que no la tiene, y sea este Congreso motivo de renovado y afectuoso acercamiento.

Colegas del interior, cirujanos de tierra adentro, que trabajáis sin descanso, velando sobre todo un departamento, donde ya no se conoce la muerte, cuando la enfermedad es de aquellas que puede curar el milagro de la cirugía. No existe miembro de alguna familia provinciana ni habitante del más humilde rancho, escondido en la soledad dilatada de nuestra campaña, que no tenga que agradeceros el haber salvado con oportunas intervenciones a alguno de sus hijos.

Hombres de corazón, de deber, de sacrificio, cirujanos que trabajáis aislados, alejados de toda comunión espiritual, solamente iluminados por la luz interior que irradia vuestra inmensa energía quirúrgica. Cuántas veces agobiados por un fracaso inevitable, en la dramática lucha con la muerte, aguijoncados por vuestra responsabilidad, en momentos de angustia indescriptible, habéis repetido el verso sublime del Moisés de Vigny: "Seigneur, laissez moi m'endormir du sommeil de la terre", y al día siguiente nuevamente habéis empuñado el bisturí, prosiguiendo derechamente la senda del deber que no admite renunciamentos. ¡Sed los bienvenidos a este Congreso!

Saludo también a los cirujanos alejados de los grandes centros quirúrgicos, que concurren año tras año a esta peregrinación científica, llevando a su tribuna el resultado de sus observaciones personales o participando de nuestras enseñanzas o en nuestro común aprendizaje, para volver luego a su pequeño centro quirúrgico, meditando —como lo aconseja Goethe— "sobre lo que hemos visto y escuchado para vivirlo en la calma serena y ser, así, por un año, más ricos en saber, en voluntad y en esperanza".

Señores: tengo el doloroso deber de recordación afectuosa y emocionado homenaje a los miembros de nuestra Asociación que han fallecido este año: al Dr. Fernando Etchegorry, noble amigo, permanente animador de nuestras instituciones quirúrgicas y de nuestros Congresos, que supo además, ser el amplificador entusiasta de nuestros vínculos internacionales, impulsado por su efusiva cordialidad.

Al Dr. Enzo Mourigán, gran corazón, que sabía hacer revivir con fino "humour" el anecdotario de nuestros hospitales.

Para ellos, nuestro pensamiento de fidelidad, y que su recuerdo sirva de enseñanza permanente por la pureza de su actuación quirúrgica.

Estimados colegas: por vuestro sufragio unanime, me habéis elevado a la magnífica dignidad de presidir vuestros trabajos y vuestras deliberaciones. Esta solemne prueba de confianza me enorgullece, provocándome la más alta satisfacción de mi vida quirúrgica, permitiéndome en esta estudiosa Asamblea levantar mi voz y hablar en nombre de la cirugía uruguaya.

Agradezco este inmenso honor, fruto benevolente de vuestra amistad, germinado en ambiente de cálida emotividad y en idéntico ideal de superación.

La vida del cirujano es, antes que nada, una vida de labor obstinada, incesante y penosa. En la juventud, en esa primavera de la existencia, cuando toda la naturaleza invita al hombre para la alegría y cuando tantos jóvenes obedecen al llamado del placer, el futuro cirujano pasará sus mañanas en el hospital, entre miserias, sufrimientos y lamentos de enfermos; sus tardes, inclinado sobre lúgubres cadáveres, para aprender de los muertos el secreto para salvar a los vivos. Desfilarán sus noches encierado en frías bibliotecas, inclinado sobre textos monótonos. Se vive de esperanza, se sueña sobre un porvenir, pero se vive feliz de haber encontrado en plena juventud una orientación que subyuga y apasiona.

Después de largos años en esta dura tarea del aprendizaje, muchas veces acicateado por miserias y privaciones, es necesario abordar la lucha ruda, agobiante, ingrata, de los concursos, o postular ubicación en sucesivas etapas, para adquirir no el derecho de gozar de la vida, sino el árduo camino para ejercer su vocación profesional o profesoral con renovados sacrificios.

En la hora en que en numerosas profesiones el hombre ya ha llegado al cenit de su carrera, el cirujano recién empieza su existencia de preocupaciones, existencia de altruismo, y esto, sin tregua, ni de día ni de noche.

Aqueílos que se benefician de su trabajo y de su ciencia, ignoran las torturas de las ansiedades que nos crean los problemas quirúrgicos; sólo saben de esas asperezas aquellos que viven esta actividad, que la sobrellevan sin debilidades, insensibles a la mordedura del tiempo, pero firmes y decididos a mantenerse en la brecha, hasta el final.

Esta descripción realista de la vida del cirujano en nuestro medio, nos lleva inmediatamente a preguntarnos si no se puede "humanizar" esta vocación, y si, después de tantos sacrificios, el rendimiento del cirujano tiene, no ya la remuneración económica, sino la recompensa social y científica de que es merecedor.

Una primera e impostergable necesidad es la de abreviar los años de estudios preparatorios, para permitir que el futuro médico pueda graduarse joven, disminuyendo ese bagaje enciclopedista con que se le atiborra, exigiéndole que sepa de todo, vistiéndolo de un ropaje de conocimientos universales, que se ve obligado a demostrar en múltiples exámenes, pero que al final tórnase pura preparación teórica, que pronto se olvida para saber, poco de todo, pero nada en profundidad útil.

Debemos fomentar la especialización en los jóvenes médicos, para que el cirujano pueda tener, a los 30 años, su formación intelectual completa, y estar capacitado para desenvolver una actividad quirúrgica general.

Dice Oswald que quien no ha realizado, en esa edad, su formación mental y espiritual, difícilmente podrá tener éxito en la carrera, y ser apto para captar nuevas disciplinas científicas. Nuestra casa de estudios debe, además, conferir el título de cirujano, no ya con la finalidad puramente docente, como se hace en la actualidad, sino de una manera fundamental para permitir la actividad quirúrgica profesional, terminando con los cirujanos aficionados, improvisados en un arte que desconocen, desprovistos del fundamento intelectual y de la técnica disciplinada, como lo exige la cirugía.

Con su título saneado, el novel cirujano debe poder dedicarse integralmente a su oficio, realizando un "full time" coordinado, con una remuneración justa, para integrar o dirigir un equipo con pleno rendimiento.

Hay que terminar con la dispersión de la actividad, necesaria hoy día para cubrir el presupuesto mensual, obligando al cirujano

• correr de la mutualista al hospital, del hospital a una guardia, saltando luego a la Facultad, para retornar en las últimas horas de la noche a otra mutualista, cuando no a dar clases de físico y química en algún liceo de Enseñanza Secundaria.

Esta acumulación de empleos es funesta para el aprovechamiento del trabajo quirúrgico y para el progreso de la ciencia.

Es necesario suprimir radicalmente esa labor improductiva de empleos, con horarios ajustados o superpuestos, prohibir las acumulaciones de cargos o empleos, para poder exigir un mayor rendimiento útil en una función bien coordinada.

Se crean incesantemente nuevos cargos, que se desempeñan mal, en un par de horas apresuradas, y siempre también mal remunerados, cuando lo que debiéramos perseguir es rentar más, menos cargos, pero exigir mayor rendimiento, y este será el mejor antídoto del colonialismo científico que nos acecha.

No está demás hacer resaltar que los cirujanos de los grandes centros quirúrgicos extranjeros no nos superan ni en estudio ni en condiciones intelectuales, ni en horas de trabajo, pero tienen una actividad disciplinada, que les permite dar un rendimiento superior. Cuentan, además, con la colaboración permanente del equipo, que integran jóvenes ayudantes que no están sometidos a perjudiciales desplazamientos para ganarse la vida en otras actividades, como acontece en nuestro medio, con demasiada frecuencia, sustrayendo al trabajo científico, proficuas horas de labor.

La reorganización de los servicios quirúrgicos de Salud Pública, de la Universidad, de las Sociedades Mutualistas, particulares o gremiales, deben propender entre sus postulados fundamentales a exigir el "full time" para la actividad quirúrgica pero con adecuada remuneración.

Es imperioso realizar una total revisión presupuestal de toda nuestra organización quirúrgica hospitalaria evitando la acumulación de funciones diversas que sólo conduce a la dispersión y a la improductividad laboral y científica.

No insistiremos sobre la necesidad de crear o equipar centros quirúrgicos contemplando las actuales exigencias técnicas, instalaciones que, por ser muy costosas, deberán ser ubicadas estratégicamente en nuestro territorio.

Son requerimientos impostergables, sobre los cuales la Mesa Redonda que dirigirá el Dr. Suárez Meléndez dará las normas aconsejables para instalar esos centros y equipos quirúrgicos en toda la República.

La práctica quirúrgica hoy no se concibe si no se acompaña de la investigación científica paralela y aun mismo de la docencia, pero para llegar a ese ideal es fundamental poseer hospitales bien instalados para permitir el trabajo en equipo. Sé que aún persiste otro concepto de la cirugía, que no le faltó grandeza, y que las circunstancias antes imponían: la del cirujano solitario, omnisciente, que trabajaba solo, sin eficaz colaboración, y que marchaba beneficiosamente gracias a su inmenso sacrificio y formidable capacidad quirúrgica.

Pero hoy el trabajo en equipo es imprescindible en todas las ramas de la medicina. El cirujano en la ejecución de una operación quedará siendo siempre un artista, un individualista, pero todo lo que precede, acompaña y continúa un acto quirúrgico, reclama numerosos colaboradores. El cirujano debe ser el organizador y sabrá ubicar al internista, al radiólogo, al anestesista, al hematólogo, al patólogo, al ingeniero, para armonizar ese acto terapéutico sublime, que es la intervención quirúrgica.

Tenemos la obligación moral de instruirnos de una manera permanente y sin descanso. El inmenso servicio que proporciona incesantemente la práctica quirúrgica debe buscar constante superación y no anquilosarse en un oficio manual. "La técnica no es más que un momento de nuestra educación", dice el maestro Leriche, "y no se es verdaderamente cirujano sino cuando uno deja de ser esclavo de sus manos. El arte no consiste en manibrar con un pincel."

Hay que respirar las novedades científicas que vienen a sacudir el polvo de nuestras bibliotecas, siempre que en el hervidero de las ideas nuevas y de su profundo análisis, "no se deje apagar la lámpara sagrada que brilla en el fondo del santuario": la soberana claridad del sentido común.

Debemos terminar. Hemos esbozado ideas sobre la formación del equipo quirúrgico, sobre los deberes técnicos y científicos inalienables del cirujano, pero volvamos al cirujano hombre.

Existe un deber moral de rectitud, de sinceridad, de honestidad, de comunión e identificación sentimental con los que vienen hacia nosotros buscando algo de esa fuente milagrosa de salud que brinda la cirugía.

Tenemos que poseer ese magnífico don de bondad, sublime flor que debe prevalecer entre todos nuestros sentimientos, integrando una aristocracia moral que debemos cultivar como nuestro máspreciado bien. Esta sublime solidaridad con el que sufre, que nunca se ahoga viendo correr la sangre y que hace que cada acto quirúrgico sea una renovada e incesante conexión sentimental y una, indisolublemente, médico y enfermo.

La sublime bondad es la que vierte ánimo al desfalleciente que en su ansiosa mirada implora la palabra que da tranquilidad al espíritu, hamacándole una dulce y suave esperanza, y es lo que hace la grandeza casi divina de nuestro arte.

Señores: me enorgullezco de poder afirmar, al inaugurar este Congreso, que la cirugía no sabría reunir en ninguna parte del mundo un conjunto de hombres más dignos de las virtudes de nuestro oficio, y que esta honesta y sabia vocación, tradición venerable inculcada por nuestros maestros, sea la antorcha que los jóvenes que me escuchan puedan retrasmistir en toda su pureza a nuevas generaciones.

(Aplausos.)